



AÑO II

← BARCELONA 5 DE FEBRERO DE 1883 →

NUM. 58



FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por D. Pedro Bofill.—PARIS LITERARIO Y ARTISTICO, por D. P. G.—NUESTROS GRABADOS.—UNA FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE RIGOLETTO, por D. Benito Mas y Prat.—PORTUGAL: EL CONVENTO É IGLESIA DE BATALHA, II.—NOTICIAS VARIAS.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher.—EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich.—EL SACRISTAN, dibujo por Enrique Serra.—MARTE Y VENUS, dibujo por A. Laupheimer.—UN BICICLO MARINO.—Lámina suelta: EL AMOR Y EL INTERÉS, cuadro por M. Vely.

REVISTA DE MADRID.

Unos huesos célebres.—Desolacion de una arca antigua.—Temores patrióticos.—Ardor bélico de un comerciante.—Peligro de las orejas.—Diálogos.—El geniecillo enemigo de los revisteros.—Simpatías hacia el capitán Mayet.—La parada militar.—Proyectos benéficos.—El ropaje de *Las esculturas de carne*.

Ya empiezo á explicarme la decadencia de España. Estamos incompletos. Nos faltaban los huesos del Cid, sustraídos en mal hora por un enemigo de nuestra grandeza, y caídos en manos de un príncipe de la casa Sigmaringen.

El antiquísimo arcon que había contenido los preciosos restos del héroe castellano, hallábase bostezando de fastidio hace muchos años, y, lleno de pena, á semejanza de la Calipso de Fenelon, no podía consolarse de tan amarga partida.

Esa arca era todo un Tratado de filosofía. En ella se compendia la explicacion de las desgracias de la patria. ¿Ocurría cualquier suceso desagradable?... Pues el arcon de Burgos lo atribuía á la ausencia del Cid, murmurando por lo bajo:

—¡Si él estuviera aquí no sucederían estas cosas! Me direis que ni las arcas ni los arcones han hablado nunca. Teneis razon; yo no conozco ningun discurso pronunciado por el arca de Noé, que es la más memorable de la historia; y por más que he hojeado las obras de los fabulistas antiguos y modernos, no he podido encontrar entre los diálogos de los distintos seres de la naturaleza la menor muestra de charla en arcon alguno.

Por regla general, las arcas son reservadas. Pero el arcon de Burgos se halla en un caso excepcional y extraordinario. Desde aquello de

cosas veredes el Cid
que harán hablar las piedras,

están autorizados para hablar todos los objetos que se hayan hallado en contacto con el héroe legendario.

¡Ya veis pues que las palabras del arca de Burgos no son ningun arcano!

* *

¿Y dónde estaba el Cid? Nada ménos que en Alemania.

¡Quizá la misteriosa caja guardadora de sus restos acompañó y aún prestó una mano de auxilio á los vencedores ejércitos del Emperador Guillermo!... ¡Tal vez cruzara el Cid con sus huesos las comarcas francesas! ¿Quién sabe? No he tenido ocasion de consultar sobre este asunto al arca de Burgos.

Ni me importa... El regocijo ha matado en mi alma hasta el último gérmen de curiosidad que albergaba. ¡Somos felices!

¡Nos han devuelto los huesos! El ayuntamiento de Burgos enviará una Comision á Madrid para que los recoja y el arca recibirá nuevamente esas reliquias de que se halló desposeída durante un tiempo tan largo.

La region castellana va á desbordarse ahora, á crecer, á salirse de madre...

Ya lo dijo el *Cid* de Fernandez y Gonzalez:

Por necesidad batallo;
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.

* *

Una cosa me tiene preocupado. ¿Conservará el Cid aquel ardor patriótico que tuvo durante su vida? ¿Se acordará perfectamente de la lengua castellana? No cabe duda que ántes era español hasta en la médula de los huesos; pero ahora es muy fácil que los tales huesos hayan tomado un tinte alemán algo sospechoso.

¡Tendría que ver que los respetables restos del amante de Jimena hubiesen olvidado el castizo idioma de don Alfonso el Sabio y contestaran al discurso de recepcion del ayuntamiento con un cuento de Hoffmann ó una poesía de Goethe!

El arca recibiría los huesos mostrando la expresion de su alegría con un pensamiento de Balmes, y ellos contestarían gravemente:

—No; en materias filosóficas somos partidarios de Hegel.

* *

En conclusion: Ya pueden rimar cuanto quieran los poetas madrileños las palabras *Cid* y *Madrid*.

Los restos del héroe permanecerán algunos dias aún entre nosotros. Felizmente, la caja que los contiene está bien tapada; de lo contrario nos exponíamos á que el Cid, deseoso de examinar las bellezas de la corte, echase una canilla al aire.

Pero... ¡lo que puede la influencia de unos restos!

Hoy somos ya todos *ciudadanos*, y hasta el comercio de Madrid siente hervir su sangre y palpar su corazon con ardor bélico.

El otro dia entró un individuo en una tienda de la calle de Toledo para comprar una gorra de pelo. La cuestion que allí se armó fué peliaguda. La tienda, más bien que depósito de géneros, fué una especie de tienda de D. Pedro en los montes de Montiel. Por si había de ser la gorra más ó ménos barata, vinieron á las manos el comprador y el comerciante.

—¿Qué pretende usted?... que se la regale? Quiere usted llevar la cabeza cubierta de gorra ¿eh? Pues, cójala usted.

Y el comerciante arrojó la gorra al suelo. Despues se abalanzó sobre el comprador y le arrancó un pedazo de oreja con los dientes.

Con poco que se repitan semejantes hechos, habrá que ir á comprar con las orejas en los bolsillos.

Serán curiosos los diálogos que en las tiendas se oigan, ántes de habernos quedado sin orejas.

—Diga usted, ¿me va usted á morder?

—No; estoy haciendo *oidos de mercader* artificiales á fin de entretenerme con ellos.

—Vecina, ¿por qué se quita usted los pendientes?

—Porque voy á la tienda y no me da la gana de alimentar á los dependientes con oro y brillantes.

—¿Va V. á salir con casco y coraza?

—No encuentro mejor manera de defenderme contra la voracidad del tendero.

—¿Qué precio tiene esta tela?

—Señora, para usted es á veinte reales y dos mordiscos la vara.

Si esto se generalizase haría dinero el que abriera un establecimiento con este rótulo:

«Orejones de melocoton, de manzana y de pera, para preservar las orejas de toda clase de ataques.»

Nadie se haría el sordo á este llamamiento.

* *

Pero mis anteriores suposiciones no saldrán realizadas. Basta que yo presente como probable una cosa, para que inmediatamente, ese diablillo burlon que tuerce y frustra los designios de los cronistas y revisteros, incline los hechos en sentido contrario.

Yo tengo la conviccion de que los que hacemos esta clase de trabajos, serviríamos admirablemente para confeccionar los pronósticos del tiempo en cualquier almanaque. Sólo habría que leer precisamente lo contrario de lo que nosotros dijéramos.

¿El revistero habla del mal tiempo? Pues, amado lector, puedes tener la seguridad de que cuando llegue el artículo ante tus ojos el tiempo será hermoso, brillante, espléndido.

En el momento en que escribo estos renglones ha bajado tanto la temperatura de Madrid que nos hallamos expuestos á convertirnos en carámbanos de hielo en medio de la calle... Pero, no me atrevo á hablar del frio, porque me asaltan los temores de que si lo hiciera, el perverso geniecillo que destruye nuestras suposiciones habia de abrasar con un calor tropical estas regiones madrileñas sin más objeto que hacer exclamar á mis lectores:

—¡Vamos!... ¡ese revistero no ve más allá de sus narices!

Tal habrán dicho al tener noticia de la desastrosa muerte del capitán Mayet, á quien yo otorgué los honores de la perpetuidad en una revista pasada.

Ya no surcará más los aires el infeliz aeronauta, con aquella desenvoltura que le habia captado tan universales simpatías.

¡Por fin ha hecho la última y definitiva ascension!

La parada militar habia desplegado su fuerza desde las alturas del Hipódromo hasta más allá del Prado.

El vivo centelleo de las armas, el color de los uniformes, la agitacion de los penachos, el penetrante sonido de los clarines entretuvieron durante las primeras horas de la tarde á la inmensa multitud que hormigueaba á lo largo de las compactas filas de soldados.

Concluido el desfile, la gente se quedó en los alrededores del Buen Retiro para presenciar la ascension del globo.

Hacia tiempo que Mayet no habia tenido un número tan considerable de espectadores.

Hendió los aires como una flecha; permaneció un rato como inmóvil en la atmósfera; empezó á bajar y fué á caer sobre un tejado de la calle de la Magdalena.

Desde allí, rebotando en un balcon, rodó á la calle con espanto general que trascendió en seguida á todos los puntos de la villa.

¿A qué detenerme á relatar los últimos instantes del intrépido y desventurado aeronauta?

Todo el mundo lo ha leído ya. Los periódicos de todos matices han ocupado una parte de sus columnas con los detalles del desastre.

Madrid entero tomó parte en el duelo; y cuando el dia del entierro vióse al compacto gentío que, á pesar de lo despacible de la tarde, llenaba las calles y las plazas por donde habia de pasar el fúnebre cortejo, se pudo calcular la importancia de las simpatías que el capitán Mayet se habia captado.

—Yo,—me decia un hombre del pueblo,—solía seguir todos los domingos el globo del capitán Mayet hasta donde caía. Hoy me creo obligado también á seguirle hasta que caiga... en la fosa. ¡Es la última carrera que hacemos juntos!

El séquito fué numeroso. En primer término figuraba Ducazcal, ese benemérito empresario, cuyo corazon no han comprendido muchos todavia, pero que tiene una cuerda sensible para todas las grandes desgracias.

Pues bien, Ducazcal proyecta una gran funcion á beneficio de la viuda del aeronauta, y hasta ha tenido la audacia de proyectar una ascension en globo por sí solo.

No sé si podrán quitárselo de la cabeza, porque ese empresario es pertinaz y terco.

Sea como fuere, se ha despertado el espíritu benéfico á favor de la pobre viuda; y aparte las suscripciones que ya se han abierto en su auxilio, el conocido diestro Salvador Sanchez (Frascuero) se ha brindado también á dar gratis una corrida de toros con toda su cuadrilla.

El espíritu de Mayet habrá quedado tan impresionado al ver esas demostraciones de simpatía, que no tendrá nada de extraño que al llegar al otro mundo, cuando el portero le pregunte para inscribirlo en el registro:

—¿De qué nacionalidad es usted?

Conteste con orgullo:

—Nací en Francia... pero ¡soy de España!

* *

He asistido al ensayo general del nuevo drama de Sellés *Las esculturas de carne*. Cuando los suscritores de la ILUSTRACION ARTISTICA lean esta revista ya el éxito habrá coronado esa importante produccion dramática.

El drama *Las esculturas de carne* está escrito de un modo magistral.

Jamás he visto *carne* mejor vestida.

PEDRO BOFILL.

Madrid 31 enero.

PARIS LITERARIO Y ARTISTICO

Necrología de dos artistas célebres, *Clesinger* y *Gustavo Doré*.—La Exposicion de la *Rue de Sese*.—Exhibicion de las obras de Lehmann.—Proyectos de estatua á Rude.—Aniversario de Molière.—*Los tres maridos inquietos*, y la tendencia á lo cómico del público parisien.—Noticias sobre el próximo estreno de una produccion de Richepin.

El arte está de luto: en esta quincena han fallecido un escultor notable y uno de los dibujantes de imaginacion más fecunda que hayan visto los nacidos.

Clesinger ha muerto dejando como obras póstumas dos estatuas patrióticas, las de los generales republicanos Kleber y Marceau, obras ambas dignas de su cincel. Era hijo de Besançon y tenia 68 años.

No fué un genio precoz: su primer éxito lo obtuvo en 1847 á la edad de 32 años, ántes de cuya época apenas de nadie era conocido. Revelóse en el salon de la Exposicion de dicho año con el conocido grupo, «La mujer y la serpiente.» La nombradía que le dió dicho grupo hizo que se enamorase de él la hija de la célebre escritora Georges Sand, con la que se casó el mismo año. Las estatuas que le han immortalizado son: un busto colosal de la *Libertad*, que ofreció al gobierno de la república en 1848. Una *Estatua de la Fraternidad* para el Campo de Marte; una *Bacante tendida*; la célebre estatua de *Francisco I*, que rompió, despues de haber estado expuesta, al expatriarse voluntariamente para Roma; estatua que á su regreso á Francia volvió á esculpir, dándole por pareja la de *Napoleon I*. Ambas eran estatuas ecuestres colosales, que todo Paris admiró en el exterior del palacio de la Industria. Citaremos además su *Cristo muerto*, su *Ariadna con el tigre*, su *retrato de Georges Sand*, su *Cleopatra delante de César*, su *Friné ante el Aréopago*, *Nessus*, y *Dejanira*, *Perseo* y *Andrómeda*; por fin el gobierno le encargó las cuatro estatuas ecuestres de *Hoche*, *Kleber*, *Marceau* y *Carnot* para la Escuela militar; habia entregado la primera y tenia concluidas las dos segundas en su taller, cuando le ha sorprendido la muerte.

Gustavo Doré, el gran dibujante, ha fallecido también. Era un artista en toda la acepcion de la palabra, pero un artista de una imaginacion hiperbólica, de una fecundidad prodigiosa. Fatiga recordar el sin número de obras que ha ilustrado. Todos conocen su *Dante*, su *Quijote*, sus *Fábulas de Lafontaine*, su *Biblia*, etc.

Doré en cuánto á imaginacion era un caballo desbocado, un huracan, una de las fuerzas de la naturaleza personificada, la fuerza de creacion ó de desdoble, como dicen los modernos fisiólogos. No podia concebir un dibujo, una lámina, con un asunto simple. Su fecundidad era tal que naturalmente multiplicaba los detalles al infinito; una irrupcion de personajes tenia que llenar atropelladamente el campo, las calles ó los salones, y no cabiendo en el suelo, tenia que invadir las ventanas, los edificios, los muebles, los tejados, los campanarios, las torres, los montes, la vegetacion, el horizonte, el mar, las nubes, el firmamento; por todas partes aparecian corros de gente que se revolvan en torbellinos y se amontonaban en tropel, y los visajes eran extraños y variados, los miembros agitados; una anatomía monstruosa se revelaba en todos aquellos seres, que rebullian, y se escapaban hasta de los objetos inanimados. Bajo su lápiz, la piedra, el hierro, las tapicerías, tomaban vida y se convertian en seres animados. Apénas lo dejaba correr sobre el papel, brotaba de su punta un chorro de figuras, una hemorragia de imágenes; aquello era una borrachera de líneas, una orgía de detalles, un delirio de la forma. Gustavo Doré ha sido el Castelar del dibujo.

Ha bajado á la tumba sin ser viejo. Al morir tenia sólo 51 años. Su imaginacion producía demasiado para que Doré no se agotara pronto. La fuerza que absorbía su

cerebro era desmesurada, y por fuerza debía de resentirse de ello algun órgano. A nuestro Fortuny la cabeza le atrofió el corazon y le paralizó los pulmones. A Doré le ha pasado algo parecido. Una angina de pecho, que fué rápidamente seguida de una parálisis del pneuma gástrico, le ahogó. La tesis del doctor Jacobi va resultando cierta.

La llama sacra del genio devora más que el mismo fuego, cebándose en el órgano que flojea, cuando no consume el cerebro que la sustenta. No en vano los griegos llamáronlo enfermedad divina. La creacion engendrando un estado patológico en el que crea!... Terrible ley de la humanidad, que no se pueda llegar á la verdad, á la belleza ó á la justicia supremas sino por medio del propio sacrificio!....

* *

Háse formado una sociedad internacional de artistas con el fin de reunir anualmente algunas de sus obras que no están destinadas á la Exposicion general que se celebra en el Palacio de la Industria, y por lo tanto que no aspiran á más premio que el aplauso del público inteligente. Esta sociedad expone en la Galeria Petit, 8 Rue de Seze: allí el público puede admirar las obras del arte español, italiano, francés, inglés, alemán, holandés, etc., en toda su ingenuidad, y con todo el carácter de sus respectivas escuelas. Allí han expuesto Bastien Lepage, Gonzalez, Beraud, Duez, Clarin, Boldini, Jacquet, Dagnau, Van-Beers, Eguzquiza, d'Epinay, Stott, Rossano, Toffano, Stewart, Liebermann, Edelfelt, etc. etc.

No pasaremos aún á hacer el juicio crítico de los preciosos cuadros expuestos por dicha sociedad, porque para hacerlo con conciencia se necesitan muchas visitas á la Galeria Petit; así nos reservamos el dar cuenta detallada á nuestros lectores de dicha exposicion, en una de las próximas revistas.

* *

Otra Exposicion. En la escuela de Bellas Artes se han podido admirar estos últimos dias las obras de Lehmann. Lehmann, discípulo de Ingres, habia ejecutado para el Hotel de Ville que ardió, una serie de pinturas murales que representaban la Historia de la Humanidad.

La ejecucion que se ve en sus obras expuestas pertenece á esa escuela clásica francesa que representaba el maestro de Lehmann.

El pensamiento, la manera de agrupar, la composicion, en fin, pertenece á la escuela alemana en que forma en primer término Kaulbach.

Sus obras podrían figurar en las pinacotecas de las ciudades del Norte.

* *

La exhibicion de los proyectos de estatua á la memoria de Rude ha llamado tambien estos dias poderosamente la atencion. Una infinidad de bocetos y estatuitas derechas ó sentadas, con un cincel en la mano, ó con la mano apoyada en la barba; hé aquí los proyectos que al público se han expuesto. Los que han conocido al autor del Arco de la Estrella, dicen que apenas hay una que tenga su postura natural. Todas son más ó menos afectadas, mientras que de Rude afirman sus antiguos camaradas que *il ne posait pas jamais*.

* *

Vamos á ocuparnos un poco de teatros.

El Odeon ha celebrado el aniversario del nacimiento de Molière. Se ha representado una pieza en un acto escrita á propósito por Leon Valade. La pieza es preciosa y bien escrita. No necesitó de la gloria del genio á quien iba dedicada para ser aplaudida, puesto que tenia bellezas propias.

Aunque perteneciendo á esta clase de comedias que las pide el director, las escribe el autor á vuela pluma, los cómicos las representan mejor ó peor, y el público las escucha, las aplaude un día, y las olvida luego; aunque de este género, el acto de M. Valade tiene un movimiento y un brio dignos de un gran autor cómico. Contiene escenas de mucho ingenio y un cumplimiento delicadísimo á Molière.

Acábase de representar en el Teatro Cluny una pieza en tres actos de género insensato, titulada, *Los tres maridos inquietos*. Es una de esas comedias que hacen desternillar de risa,—tan del gusto del público francés,—cuyos personajes nos recuerdan los de las novelas de Paul de Kock. Hoy más que nunca place al público parisiense la nota alegre en el teatro; en las representaciones busca el espíritu chispeante, como la sal y la mostaza en los condimentos. Quiere distender los nervios en el teatro. Es demasiado frecuente el drama en la vida real en esta Babel moderna para que agrade en la escena. La gente enervada por las ocupaciones serias del espíritu, por los vaivenes de la Bolsa, por el movimiento de la política, es mucha, y esta, en las horas desocupadas, despues de la comida, quiere reirse y tiene derecho á ello. Además hay aquí una sociedad rica que con la fortuna ha heredado el fastidio, y esta tambien quiere reirse. Sí, el parisiense apetece que la carcajada suceda al suspiro ó al gemido de fatiga, como el campesino quiere que el sol brille despues de la tempestad. El canto alegre haciendo desaparecer las lágrimas, es más benéfico que cien dramas de esos que para presentarnos una máxima de moral muy discutible acuden al incendio, á la guerra, al envenenamiento y al de-

guello hasta del apuntador. Allí por los tiempos del romanticismo se preferia pasar de la nota clara á la nota sombría, negra, espeluznante. El público español, especialmente el madrileño, tiene aún resabios de esta clase de aficiones. Hoy en Paris se pide que apenas una nota oscura, sería, se inicia haciendo prever algo sombrío, venga un efecto claro, sencillo, humorístico, que por lo inesperado desternille de risa y distienda los nervios cual benéfica descarga eléctrica. Por esto gusta el género bufo, por esto gustan esas pantomimas inglesas imposibles, en que todo se hunde, todo revienta, todo el mundo se cae con mil ridículas posiciones, y nadie se hace daño.

* *

Anúnciase para uno de estos dias el estreno de una obra dramática del célebre autor de *La maison des Gueux*, M. Richepin. Titúlase *La Glu*, y está extractada de la novela que escribió el mismo con este título. Tenemos los mejores informes de esta produccion, y ya daremos de ella un juicio crítico á nuestros lectores. Dicen los que han oido su lectura que tiene efectos trazados de mano maestra.

Original, sin ser excéntrico, Richepin, despues de haber demostrado su fecunda inspiracion en la poesia y su espíritu de análisis en la crítica, va á abordar el teatro con una produccion que se anuncia ya con muy buenos auspicios.

Veremos si el autor dramático superará al poeta y al crítico.

P. G.

NUESTROS GRABADOS

FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher

Pero, señor: ¿qué demonio tendrán las manzanas que así tientan á la humanidad? ¿por qué hemos de haber convenido en que los frutos prohibidos han de tomar siempre forma de manzana?... Despues de todo ¿estamos de acuerdo en que era fruto de un manzano el que comieron nuestros primeros padres en el Paraíso?... Si así fué, no se acreditaron de difíciles en materia de gula, porque la manzana es una de las frutas más vulgares y prodigadas que se conocen. Comprendemos que Noé se diese un atracón de uvas superior á lo que era de esperar de su prudencia; pero que Adán y Eva renunciásemos á la eternidad de una vida regalona por gustar una insípida manzana, es cosa que repugna á un paladar semi-bien educado.

Y sin embargo, el autor de nuestro cuadro ha rendido tributo á la comun opinion y la picaresca doncella en él representada muere de una manzana, teniendo á su disposicion los restos de un opíparo festín. ¡Benditas manzanas y bendita gula!... no nos costais poco caras...

Viniendo á la obra de Netzmacher, es admirable de ejecucion y de intencion. Es una verdadera Eva de comedor en el acto de aproximarse á los labios el fruto prohibido. Nada tendrá de extraño que á su vez la muy golosa pierda el paraíso. En tal caso no tendrá que apelar á las hojas de higuera; pero no será difícil que haya de ocultar entre las manos el lindo rostro cubierto de vergüenza.

Cuando esto ocurra, ¿habrá doncella que escarmiente en las manzanas ajenas? La contestacion no es dudosa: el idilio interrumpido del paraíso es popular de sobra. Todos maldicen á las serpientes; mas por lo que toca á las manzanas... ¡Si las comen hasta los que carecen de dientes!...

EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich

Los que vivimos bajo el hermoso sol de España no estimamos en todo lo que vale un rayo de ese astro bañándonos en pleno campo. Por esto los habitantes del Norte aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para calentarse con un ardor distinto del que producen las chimeneas y respirar un aire no viciado por el humo de la leña, del carbon y de cuantos gases perjudiciales constituyen la atmósfera de una habitacion escasamente ventilada.

Los niños, sobre todo, son entusiastas del campo: los niños tienen el privilegio de no disimular su contento ante la consideracion social. El campo es la libertad, y el niño, *el hombre de la naturaleza*, siente un placer singular al entregarse á sus instintos en pleno sol y en plena campiña. Vedle, en nuestro cuadro, inclinado sobre las flores silvestres, llenar de ellas su cestita ó confiar á su madre las que entiende ser más preferentes. Es una escena de felicidad íntima, de bienestar desapercibido, no apreciado sino por los niños y por sus madres; aquellos embebidos en el presente que tiene forma de flor; estas contemplando á los hijos de sus entrañas, que traen á la memoria un pasado de color de rosa y dejan vislumbrar un porvenir de color de cielo... Hé aquí la feliz combinacion de Friedrich; la maternidad, la niñez, el campo y el sol de la primavera.

EL SACRISTAN, dibujo por Enrique Serra

Hay que hacer las cosas bien, ó no hacerlas. Por humilde y fácil que parezca una faena, puede hacerse con habilidad ó con torpeza. No hay cosa más fácil en apariencia que vaciar en una copa el vino de una botella, y sin embargo apenas encontraríamos mantel usado en que no aparecieran manchas que acusan la falta de tino de los escanciadores. Campoamor lo ha dicho en un poema: *¡Nada hay grande, Señor; nada hay pequeño!...*

Así, por ejemplo, el sacristan del cuadro de Serra no es un sacristan de tres al cuarto, uno de esos auxiliares del culto que llevan en la sotana tantas gotas de cera como funerales se han celebrado en la parroquia, ó que no elevan el incensario sin verter un ascua en la alfombra del presbiterio... Todo lo contrario.

Él despabila las lámparas, pero el acto de despabilar, ejecutado por él, adquiere las proporciones de una ocupacion seria. ¡Con qué respetuoso temor sostiene el receptáculo del aceite...! ¡Con qué suavidad, no exenta de firmeza, corta el algodón carbonizado!... ¡Con qué fruicion se da cuenta á sí mismo de la importancia del acto!...

Un sacristan de estas prendas es una verdadera alhaja para una iglesia; y cuando, durante la misa, verifique la colecta para la iluminacion del Santísimo Sacramento, pronunciará la frase obligada, no del modo vulgar y monótono que emplea un monacillo ramplon, sino como hablan del arte y de la ciencia los profesores de ciencias ó artes. Así es de ver cómo las blancas manos de las devotas depositan su óbolo en el cepillo y cómo las lámparas al cargo de nuestro sacristan rebosan aceite, sin que una sola gota ensucie el pavimento.

Un tipo de este valer, ave casi *raris*, bien merecia ser trasmitido á la posteridad por el diestro lápiz de Enrique Serra.

MARTE Y VENUS, dibujo de A. Laupheimer

Mientras el galante militar dirige amorosas frases á la linda jóven que le escucha con marcada complacencia, á juzgar por la placentera sonrisa que en sus labios se advina, la mujer encargada de la custodia de la niña no puede resistir al sueño que le comunica el aislamiento en que la tiene la amartelada pareja, y en vez de Argos vigilante se convierte en dormido Morfeo, imitándola el perezoso can, para el cual maldito el interés que debe tener el colquio de los enamorados. Fuego y entusiasmo por un lado; indolencia y descuido por otro: repeticion constante de análoga circunstancia de la vida, que en más de una ocasion ha tenido trascendentales consecuencias, con perjuicio de la excesiva confianza de las madres y de la fácil credulidad de las doncellas.

El asunto está representado con naturalidad y soltura, ofreciendo un conjunto tan simpático como agradable, á pesar de la sobriedad de los detalles.

EL AMOR Y EL INTERES, cuadro por M. Vely

Dura es la alternativa en que se halla la hermosa jóven que descuella en primer término en el cuadro de Vely. Solicitada al mismo tiempo por apuesto y gallardo mancebo, que sólo puede ofrecerle un amor apasionado, y por opulento magnate que la brinda con riquezas, no se atreve á cerrar sus oídos á las enamoradas frases del primero, ni á dejar de alargar instintivamente la mano á las magníficas joyas con que el segundo procura conquistar su corazon. En tan encontrada lucha de afectos, ¿cuál prevalecerá? Tal es el problema, que el pintor ha dejado sin resolver, pero cuya solucion no admitiria duda para nosotros. Entre el amor puro y el sórdido interés, la eleccion no es dudosa, y mucho menos sí, como la heroína de nuestro cuadro, la que ha de adoptarla es bella, candorosa y se halla en la florida primavera de su edad.

UNA FANTASIA SOBRE MOTIVOS

DE RIGOLETTO.

I

Habia en la villa cierto conde llamado Neron, como el romano, y el cual tenia por madre otra Agripina. *Hauf.*

El pequeño Neron se reclina en su lujosa carretela forrada de raso color de cielo, cuya portezuela esmaltan coronas condales: su madre Agripina ocupa el testero principal del lujoso vehículo luciendo provocativas blondas y piedras brillantes; al lado diestro del niño que tiene nombre de tirano y sobre bordados cojines échase su perro Conviva, leal favorito traído expresamente para lamerle los pies, de las lejanas montañas de Terranova.

Cerca del paseo central, en donde voltean los carruajes y caracolean los corceles, formando una larga cadena de animados eslabones, á la sombra de los álamos y á pocos pasos de los asientos de piedra que dividen al paseo en dos enarenadas mitades, el hijo de un menestral mira con indiferencia el incesante desfile de troncos y máquinas costosas, y acaricia un primoroso caballo de carton, cuya rizada cola de estopa, inmóviles ancas y pintada crin, compiten, á su juicio, con todos aquellos corceles de noble estampa, ricos arreos y belfos anchos y espumosos.

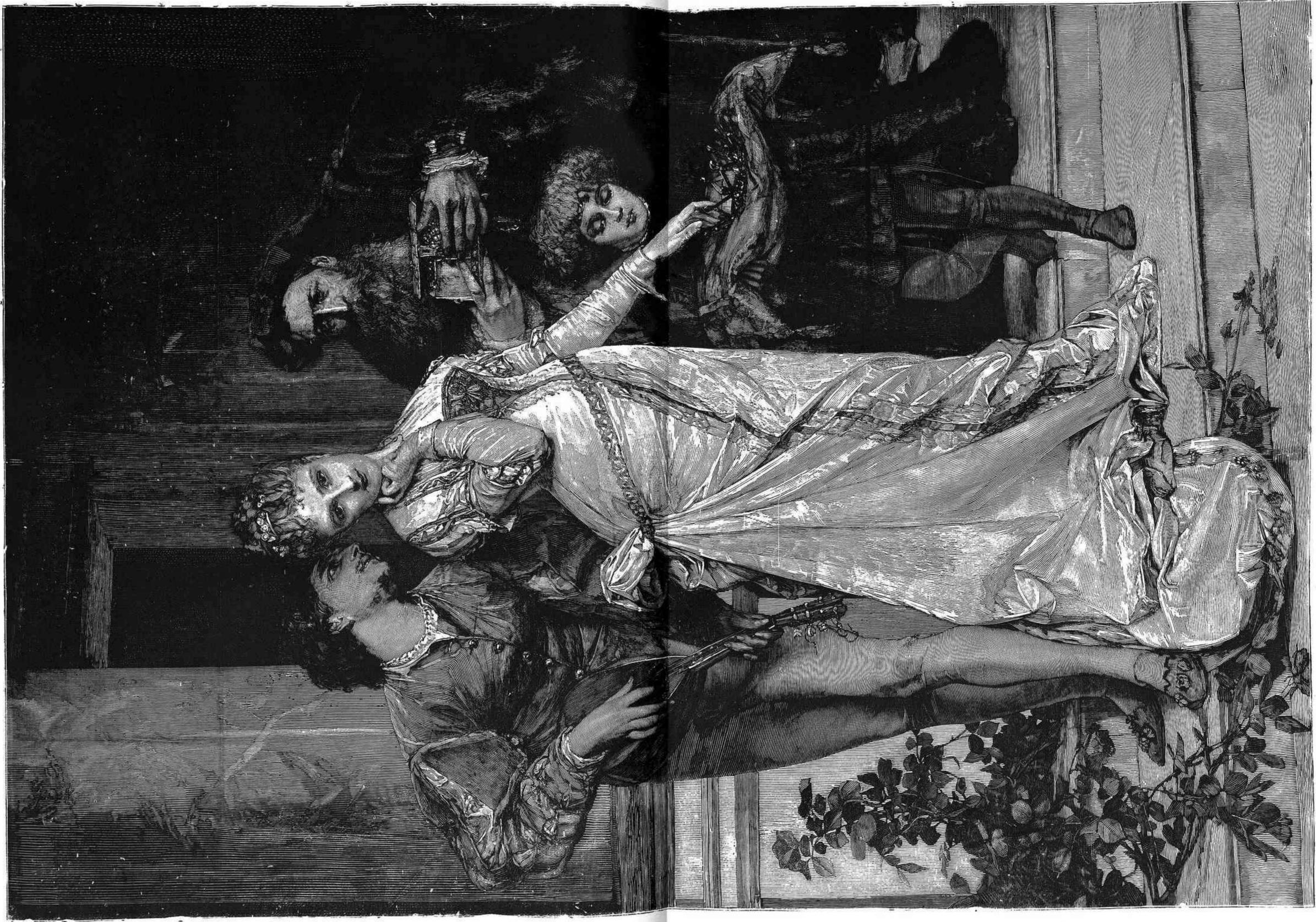
Neron, que ha visto, al pasar, al niño y al caballo, manda á su cochero que detenga el paso de los suyos para contemplar á su sabor el precioso juguete: está cansado de ver ante sí el tronco brioso y soberbio que arrastra su carretela blasonada, y siente viva comezion de poseer aquel corcel, inmóvil, inofensivo y primoroso.

—¡Mamá!—dice dirigiéndose á la altiva Agripina, que cambia en aquel momento la más voluptuosa de las sonrisas con uno de sus admiradores—yo quiero aquel caballo; los que nos llevan no se dejan gobernar por mí y me dan miedo con sus resoplidos poderosos; ¡yo quiero aquel caballo! ¡manda que se lo quiten á ese pequeño!

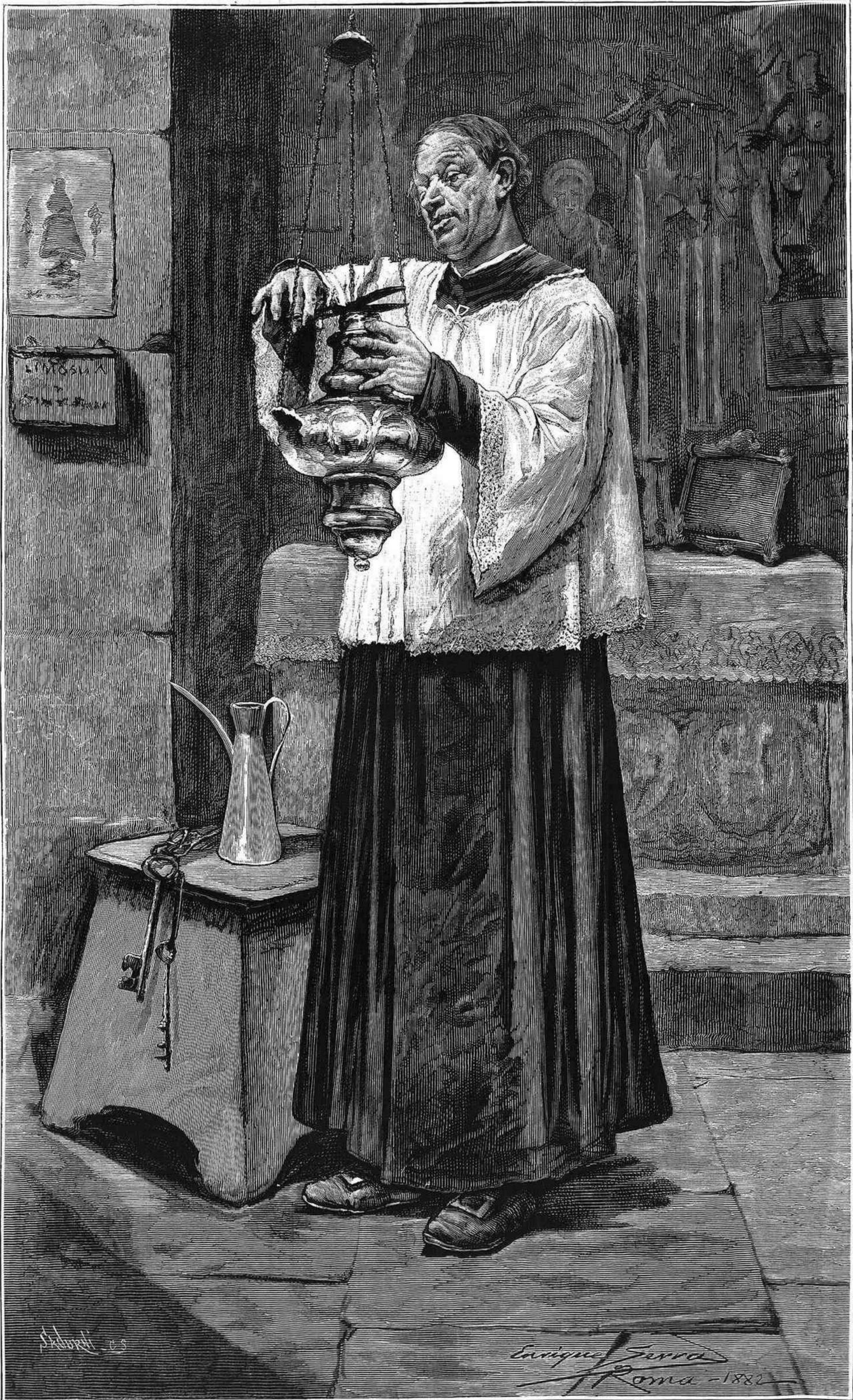
La madre acoge la peticion del niño tirano con una estrepitosa carcajada. En efecto, el *grande* en miniatura, pide una solemne tontería; un caballo de carton se lo



EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich



EL AMOR Y EL INTERÉS, CUADRO DE M. VÉLY



S. Serra

*Enrique Serra
Roma - 1882*

EL SACRISTAN, dibujo por Enrique Serra

puede permitir el hijo de un obrero; pero el de un noble necesita de carne ó de plata, para montarlos ó para colocarlos sobre la repisa de jaspe de la chimenea.

—Déjate de caprichos—dice al noble vástago que clava su negra pupila en el objeto codiciado;—un caballo de carton no puede adelantar un paso; para correr, para volar, para devorar las distancias y atropellar á las gentes son necesarios caballos de carne y hueso; esos no mueren, se rompen y cuestan muy poco dinero; si tales cosas han de apenarte en el mundo, será tu centro el globo mezquino que sirve para tus lecciones de geografía, y no vencerás jamás á los que galopan á tu lado.

Así dice Agripina, mandando al cochero que fustigue, con gesto imperioso: cruje el látigo, arrancan los caballos, y la carretela vuela y tiembla sobre sus ejes como si llevara dentro todo un universo de preocupaciones. Allí queda el hijo del menestral, con su blusilla azul y su galoneada cachucha, poniendo la brida de cinta á su caballo de carton y abriendo pequeños surcos sobre la arena con las cuatro ruedas de la peana.

Pasan y pasan carruajes, y blondas, y brillantes, y terciopelos, y flores, y senos desnudos, y bocas sonrientes, y grupos orgullosos; y vuelve á asomar la carretela triunfal del joven aristócrata, del pequeño Neron, con sus coronas condales, sus bordados cojines, y sus lacayos y su perro.

Y vuelve á detenerse frente al hijo del menestral que no se mueve del banco, y vuelve á solicitar la atención del tiranuelo el caballito de carton que ahora tiene trenzada su estoposa crin, atada la cola y recogidas gallardamente entrambas bridas color de rosa.

—¡Lo quiero, mamita, lo quiero!...—repite el niño tendiendo las manos, plegando las cejas y pellizcando las lanas del leal can, que aulla de dolor sin enseñar los dientes. —¡Por ese caballo los míos!, por ese caballo la piel de Conviva. Vamos, Lázaro, ¿qué haces? ¿no oyes que lo quiero? desmonta ó yo mismo....

Agripina vuelve á sonreír al contemplar la cólera de su primogénito, cólera que según la expresión de su dómene, tiene relámpagos color de rosa y truenos armoniosos. —¡Vamos,—dice, dirigiéndose al robusto auriga auvernés, que parece agobiado bajo colosales escarapelas—llega á ese tunantuelo y ofrécele cuanto quiera por el juguete que desea el señorito!

El zafio auvernés desciende del alto puesto en que se le ha colocado y se acerca al menestralillo, que cruza en este momento con su fusta de caña el lomo pintado del caballito.

—Aquellos señores —dícele, sin advertir el mal efecto que su presencia causa en el pequeñuelo—desean comprar tu caballo; pide por él cuanto quieras....

—¡No lo vendo!.. —responde el niño, fijando su sombrada pupila en el auvernés, y abrazando su caballo, con el afán de Praxiteles cuando trataban de robarle su centauro de mármol de Paros.

—¡Necio, pide dinero por él!—repite el hombre con faz torva.

El menestralillo retrocede algunos pasos, arrastrando tras sí á su juguete; y se niega á cederlo, á un tomando en cambio uno de los caballos vivos. Vuelve el auvernés al coche; luégo toma al niño de la blusa, llevando entre sus huesosos dedos un billete de banco, y sin andarse en contemplaciones, ase del brazo al menestralillo; pone en su temblorosa manecita la tira de papel; y, á trueque de romper la cinta de seda que sirve de brida al caballo, se lo arranca brutalmente, llevándolo al conde en miniatura, mientras el menestral llama con desesperantes gritos á su pobre abuelita que dormita más lejos.

Neron coloca la codiciada presa sobre sus rodillas y la carretela se vuelve á eclipsar en una nube de polvo dorada por el sol poniente. A los gritos del menestralillo se acercan los curiosos que despiertan á su abuelita y le muestran el billete tentador, del cual el niño hace distraído una pajarita de papel. La vieja consueta á su nieto y contempla sonriendo el billete, en el cual ve distintamente toda una ganadería de yeguas de carton y de caballitos de caña.

—¡Aún tienes que dar las gracias á esos buenos señores!—dice, evitando que su nieto termine la pájara, con grave peligro de la integridad del papel moneda:—¡Dios les pague el favor que te han hecho!

II

Las campanas de la aldea repican y repican: parecen vírgenes locas que vocean en la espadaña.

Se casa la mejor moza del pueblo con el menestral más garrido; la parentela de ambos cónyuges envuelta en sus largas capas de paño burdo y en sus oscuras mantellinas penetran en ordenada fila por el porche del templo: allá, bajo la única nave y ante el sencillo altar, dos seres felices están bajo el más suave de los yugos.

Sonríe la mañana, á pesar de la niebla que procura cubrirle el rostro, y las niñas casaderas se agolpan en el atrio, para ver si la novia trae las orejas coloradas y los ojos bajos.

De repente la niebla arroja de su seno algo que parece vivir en ella, algo que en ella se perderá si antes no la rompe el sol naciente.

Son los monteros de Neron, los monteros de Neron con sus traillas, sus bocinas, y sus caballos fogosos y corredores. A la cabeza viene el noble adolescente que lo mismo caza ciervas que mujeres hermosas; su corcel cuadrado parece de carton pintado: ni piafa ni escarba, ni mueve las orejas. Se ha colocado tras de la cruz de hierro que se eleva en medio de la plaza pública y permanece allí como en acecho.

Bien dijo el que dijo, que tras de la cruz está el diablo.

Tañen y tañen las campanas, termina la misa y sale el cortejo. Los novios van sonrientes y satisfechos; ella oprime la mano de él y baja los ojos; él no tiene miradas ni sonrisas más que para ella.

¡Qué hermosa es la desposada! Las mozas del pueblo sólo la han encontrado dos *peros*: tiene el cuello demasiado redondo y el pié un si es no es menudo y carnoso como las almendras. Apuradas se vieron al tratar de sus ojos y de su boca; no hubo en cuatro leguas á la redonda ojos y bocas que le disputaran la primacía.

Al divisar á los cazadores el novio estrecha á la novia fuertemente como si temiera alguna cosa. La novia, fijándose en las lujosas libreas, sólo se atreve á murmurar estas palabras: *el señor Conde va de cacería*.

Y no hubiera podido decir una más; porque en aquel momento sonaron las bocinas, ladraron los fustigados perros, y partieron los caballos á rienda suelta.

Y en la furiosa desbandada atropellóse á los de las capas burdas, sembróse el suelo de mantellinas y huyeron las mozas como bandadas de alondras.

Y el novio y la novia se quedaron estupefactos, y el novio reconoció á Neron cuyos ojos brillaban como aquel día en que se apropió su caballo de pasta en el arrecife de la villa.

Y quiso gritar y no pudo, y pretendió impedir que le arrebataran su compañera que aún estaba adornada de azahares y le sujetaron veinte brazos hercúleos, y quiso pedir auxilio á los mozos del pueblo y se vió solo y atarazado, mientras galopaba el corcel vivo de Neron, llevando sobre su lomo al alma de su alma y á la carne de su carne.

¡Buena pieza había cazado el Sr. Conde!

Un hombre que llora acaba siempre por hacer reír á los demás: ¡se fruncen de tal modo los labios, y se encorva la nariz de una manera tan cómica!

Los mozos del pueblo acabaron por reírse del novio y envidiar á Neron. ¡Cómo iría por aquellos llanos en su corcel que bebía los vientos!

Cuando el menestral, que era sastre, tomó aquel día medida á sus parroquianos, retozaba á estos la comezon en el cuerpo.

El menestral parte aquella noche para la villa.

Al llegar á ella, compra un juguete que no ha de antojarsele al hijo de Agripina; una compañera que no ha de desear el noble adolescente. Es un juguete limpio y punzante, una compañera muda y terrible como los deseos que le aquejan: acaricia su hoja con su mano convulsa y le hace lugar junto á su pecho.

Cuando anochece se oculta en los oscuros ángulos del palacio de Neron ó se agazapa á un descuido del portero tras las estatuas de la escalinata: estas estatuas son sileños de mármol blanco que se le rien en las barbas de hito en hito.

De vez en cuando, pregunta á las vendedoras de palomas torcaces que moran cerca del gran solar, si han visto entrar ó salir á su desposada. Las viejas vendedoras hacen un expresivo mohín y contestan al importuno:

—¡Toma, toma! en la pajarera del señor hay muchas aves de esa pluma.

Así transcurre el tiempo hasta que cierta noche el juguete de acero halla el empleo apetecido.

Neron ha de salir por la puerta falsa y el cuchillo del menestral puede entrar en su espalda derechamente. Pegado al muro, como uno de los monstruos platerescos que le adornan, aguarda el chirrido del cerrojo, con el corazón palpitante.

El golpe es certero; al detenerse un punto, el que salía, la hoja acerada ha penetrado horriblemente por su costado izquierdo.

Las linternas de los hospitalarios caen sobre el rostro del muerto y poco despues sobre el del asesino. ¡Terrible decepcion!: el muerto es el ayuda de cámara de S. E. Agripina contempla tranquilamente desde la galería condaal aquel sangriento suceso y pide con la curiosidad inexplicable de las matronas de su raza el cuchillo manchado de sangre.

Las gentes se han apercebido de la caprichosa petición de la Condesa y dicen, para sí, contemplando al matador con ojos centellantes:

—Hé ahí un picaro afortunado! la señora Condesa le ha mirado con piadosos ojos!

III

Neron se divierte.

O lo que es lo mismo, el Conde prolonga la orgía de la noche hasta las primeras horas de la mañana. La descompuesta mesa manchada de vino conserva aún los búcaros de flores marchitas y los volcados fruteros en los que las manzanas ostentan la señal de los menudos dientes de las comensales.

Teclas que más que notas dan quejidos; carcajadas que más que carcajadas parecen roncadas tormentas; besos que más que besos son torpes alardes; forman en aquel espléndido aposento ese infernal desconcierto que sólo puede soportar el cerebro cuando el alcohol vibra y se pierde en sus circunvoluciones.

Neron, vacilante, presenta su estrecha copa de champagne, llena hasta los bordes, á una joven vestida de blanco como Margarita y robusta como la Teresa de Rousseau: llámala Flor de Nieve, recordando que la robó en la aldea coronada de azahares y con los atavíos de desposada. Otros hombres y otras mujeres cruzan el ancho salón, que da á la plaza pública y por cuyos lujosos cierras penetran las primeras luces del alba. La orgía tiene como el mar sus oleadas y sus calmas chichas. Rueda una botella ó se

entona á media voz un cantar voluptuoso; agrúpanse todos aquellos seres animados por el vino ó huyen á los ángulos atropellando á los que encuentran al paso.

Las bujías casi consumidas, cuyos largos pábilos dejan en el ambiente una imperceptible columna de humo, arden á pesar de la presencia del día.

¡Qué idea de la luz tendrán aquellos cuerpos entumecidos!

Va á sonar la última canción; Flor de Nieve se reclina tendida sobre un escaño despues de apurar la copa que le presenta el Conde: su cuello desnudo tiene la transparencia del alabastro y su boca contraída es semejante á una rosa picada de abejas.

La donna é mobile
qual piuma al vento....

repiten algunas voces roncadas y destempladas en un corro:

mutta d'accento
e di pensiero....

responden en el de más allá, chocando las largas y estrechas copas.

De repente el redoble de un tambor y el vibrante repiqueo de una campanilla de mano hacen retremblar los cristales de la estancia. Los cantos báquicos se suspenden por un momento y la voz de un hermano de la Caridad se escucha distintamente bajo los balcones.

La voz dice con entonación melancólica y punzante:

¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Neron frunce las cejas y llena de nuevo su copa: Flor de Nieve palidece, bebe, y prorrumpe en una histérica carcajada: los comensales, asiendo cada cual á su pareja se agolpan á los balcones y abren las maderas con curiosidad inexplicable: el sol que se asoma también en aquel momento á los balcones del cielo, juega con los azulejos de la torre cercana.

A la asombrada vista de los curiosos surge un terrible espectáculo. Un reo que va á morir, los guardias, los agonizantes, el tambor ronco y destemplado, los hermanos de la Caridad y el siniestro ejecutor de la justicia.

Ante la triste aparición, los rostros demacrados de aquellos apóstoles del vicio se tornan lívidos y lacrimosos; sacuden por un momento la modorra y murmuran por lo bajo una oración.

Neron y Flor de Nieve se unen al curioso grupo en este momento.

El cortejo desemboca por la calle próxima lentamente; primero los guardias, despues los frailes, luégo el reo, detrás el verdugo.

Flor de Nieve lanza un grito horrible que sofoca Neron aplicándole á la boca su perfumado pañuelo. Ha reconocido á su esposo, á pesar de que se cubre el rostro con los oscuros pliegues de su hoga.

El reo alza los ojos; aquel ¡ay! ha penetrado en su corazón sacudiéndolo rudamente.

¿Vió ó no vió la cabeza del Conde junto á la de su esposa?

El Conde saca un puñado de monedas de plata que arroja desde lo alto y que hacen al caer en la ancha bandeja de la Caridad un ruido estridente; despues dice cerrando el maderaje del balcon y arrastrando tras sí á sus parásitos:

¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Pocos momentos despues y mientras el cortejo se pierde por la calle frontera, resuena de nuevo en el salón la canción báquica:

La donna é mobile
qual piuma al vento
mutta d'accento
e di pensiero

Las ancianas que piden en el pórtico y que han visto caer sobre la bandeja de plata aquella copiosa limosna dicen, santiguándose, por lo bajo:

—¡Viva muchos años el Sr. Conde! Ya que no puede salvar el cuerpo del desgraciado asesino, procura salvar su ánima: S. E. encuentre el premio merecido en la vida perdurable.

• BENITO MAS Y PRAT

PORTUGAL

EL CONVENTO É IGLESIA DE BATALHA

II

Llegamos á una de las partes más hermosas: la capilla del fundador, adosada á los piés de la iglesia, junto á la puerta principal. Fué comenzada por D. Juan I; si bien á la muerte de este (ocurrida, por cierto, el 14 de agosto de 1434, aniversario de la batalla de Aljubarrota), no hallándose terminada aún, fueron depositados sus restos en el centro del coro, al lado de la reina. Felipa, su mujer, que le había precedido 16 años, y de donde ambos fueron trasladados al sepulcro en que, conforme á su intención, hoy descansan. En esta capilla, sin embargo, es fama que el monarca, imitado despues por nuestro Carlos V, asistió en vida á sus propias exequias. Forma un gran recinto cuadrado, de unos 66 piés por lado y cubierto con una linterna octogonal, de 40 de diámetro, bajo la cual se eleva el mausoleo del fundador. «No hay palabras, dice un viajero (1), capaces de expresar la belleza de esta linterna».

(1) *Handbook for trav. in Portugal*, 1875, p. 123 y 124.

En efecto, los ricos pilares que soportan la cúpula; las elegantes hojas de sus arcos; sus molduras, doradas y pintadas de verde y carmesi; sus rasgadas ventanas; su clave, donde campean las armas de Portugal sostenidas por ángeles, hacen de esta capilla, aún prescindiendo de los sepulcros, una de las más primorosas joyas del estilo ojival florido que la Península posee. Con esto, ya se comprende que el carácter dominante en esta bella obra es la elegancia, la delicadeza, la gracia, la esbeltez, sin caer todavía en la superabundancia de pormenores y de líneas retorcidas que comprometen luego la dignidad del gótico, como de todos los estilos en su decadencia. Le da entrada un arco de rico follaje; y luz, tres ventanas en cada uno de sus tres lados libres y cuyo dibujo ofrece la mayor pureza.

El sepulcro de D. Juan y D.^a Felipa consta de un sarcófago completamente sencillo, elevado á unos 7 piés del suelo sobre cuatro leones y flanqueado en los cuatro ángulos por otros tantos pedestales, para colocar los blandones que se encienden en los aniversarios. Las estatuas yacentes, mayores que el natural, son hermosas: descansan cada una bajo un rico pabellon de piedra, en cuyo dorso se ven las armas de Portugal é Inglaterra y apoyan los piés sobre una repisa: disposicion ésta muy comun en el reino vecino, é igual á la que se obtendría colocando horizontalmente una de las imágenes de cualquier archivolta gótica, con la ménsula que la sostiene y el doselete que la protege y corona. Una espléndida guirnalda de hojas de zarza,—alusión á la del monte Moria, por la cual se compara con el libertador de Egipto al vencedor de la dominacion castellana—y las dos divisas *Il me plait* y *Por bem*, entrelazadas en la guirnalda y respectivamente propias de la reina y el rey, adornan la cornisa del sarcófago, en cuyos dos frentes mayores se hallan grabados los epitafios de ambos, como lo están en la cabeza las insignias de la Jarretiera, estropeadas por los soldados franceses.

En el muro S. de este espléndido panteon, hay trazados cuatro arcos, que abriga los sepulcros de otros tantos príncipes, tres de ellos famosos: el infortunado duque de Coimbra, cultivador de los estudios y gobernador del reino; D. Enrique, duque de Viseo, insigne promovedor de la navegacion y los descubrimientos portugueses; y el «Infante santo» D. Fernando: todos son hijos del fundador de Batalha y hermanos de D. Duarte, que, como primogénito, le sucedió en el trono y se halla enterrado, segun se ha dicho, en las gradas del altar mayor.—De los cuatro sepulcros, sólo uno, el del duque de Viseo, tiene estatua, armada y yacente, tambien con doselete y repisa, y en el tímpano que hay sobre el del príncipe D. Juan, sétimo hijo de Juan I, está esculpida la Pasion. Blasones, emblemas, divisas y guirnalda de hojas de hiedra, fresa, encina y roble, adornan estos enterramientos.

Ocupan el muro E., á su vez, cuatro altares, muy destruidos; cada cual de ellos, se dice, tuvo su tríptico ó retablo; hoy sólo queda uno, donde se afirma que está el retrato del «príncipe santo», aunque parece posterior: es una de esas pinturas de fines del siglo xv á principios del xvi, que corren en Portugal bajo el nombre legendario de «Gran Vasco», al cual se han atribuido las mil tablas que de esta época existen y cuyo estilo suele ser bastante diverso. Tambien se conservan aún en la capilla algunos restos de esculturas, pertenecientes quizá á los retablos de los otros altares.

Por último, en el lado de Poniente, hay cuatro arcos, abiertos quizá para proteger otros tantos sepulcros, que no llegaron á colocarse.

De la iglesia, pasemos ahora á la sacristía, noble salon gótico florido, con una especie de balcon interior en forma de matacan, y una fuente muy graciosa para las abluciones. Allí se veneran—que bien puede decirse así—el capacet y la espada de D. Juan I y uno de los mejores cuadros, aunque deterioradísimo, que he visto en Portugal. Representa á la Virgen con el Niño y algunos Padres de la Iglesia, en figuras de la mitad del natural, cuya composicion recuerda,—aunque de lejos—á la *Madonna* de San Zacarias, de Juan Bellini, ó la Virgen del Pez, de Rafael.

La pieza más suntuosa de todo este edificio es la capilla llamada «imperfecta». El rey D. Manuel (1495-1521) el *Afortunado*, pacífico de condicion, amigo de las artes, enriquecido hasta un grado superior á todos los monarcas de su tiempo, en virtud de los descubrimientos de Vasco de Gama y de Cabral, concibió el proyecto de edificar en el convento de Batalha un panteon para sus antecesores y para él mismo, en que arquitectos y escultores traídos de toda Europa apurasen las magnificencias de su ingenio.—Hay quien opina que el ejemplo de Enrique VII de Inglaterra, fundador de la famosa capilla de Westminster, aneja tambien á una abadía donde se encuentra el enterramiento de los monarcas y personajes eminentes del Reino-Unido, debió influir sobre la imaginacion del lusitano.

Su obra se encuentra, como la del inglés, emplazada al extremo oriental de la iglesia y detrás de la capilla principal. Es de planta octogonal, con una capilla abierta en cada lado, á excepcion del de Poniente, en que se halla el arco que sirve de ingreso y que por tanto viene á caer detrás del altar mayor. Entre cada dos capillas, se levanta un gran pilar, que debía rematar en una inmensa aguja. Las capillas están concluidas; pero el cuerpo central sólo llega hasta el cornisamento de donde habia de arrancar la bóveda, cuya falta lo tiene descubierto y expuestos á la intemperie sus exuberantes adornos. El

estilo de esta construccion es, como se concibe desde luego por su época, manuelino, pero dominando las formas góticas, ya desfiguradas. Los motivos de decoracion son los característicos de este tiempo en Portugal, Lazos, cordones, calados, arabescos y curvas esquemáticas, que dan á sus pilares y cornisas un aspecto semejante al encaje ó á la filigrana, preponderan sobre las hojas y demás formas naturales; siendo de notar, en particular, la esfera, que constituye el blason de D. Manuel, la cruz de Cristo y la divisa griega *tanyas erei*, indicacion del afan de descubrir nuevas regiones, propio del rey Afortunado y de su época, como otros tantos emblemas que se interponen en la decoracion del ingreso. Todos los arcos son riquísimos; pero este principal, con su archivolta de siete cordones labrados con minuciosa delicadeza que difícilmente superaría el más fino bordado; con sus complicadas molduras canopiales, sus doseletes y repisas, «excede—dado el género—á cuanto la fantasia pudo imaginar (1).»

La capilla habia llegado al estado que hoy tiene, cuando falleció su insigne arquitecto, Mateo Fernandez, en 10 de abril de 1515. Su sucesor, desdeñando ya la tradicion gótica, tan corrompida, quiso seguir las obras en el gusto declarado del Renacimiento, aunque no sin cierta vulgaridad; y el rey D. Manuel, al visitar su predilecta fundacion, quedó tan descontento, que las mandó suspender, muriendo ántes de hallar arquitecto digno de continuarlas en el antiguo estilo.

Pasando ahora al Convento, comencemos por la sala capitular. Es un cuadrado de 70 piés, próximamente, por lado, cuya vasta extension, de más de 74 metros superficiales, cubre una admirable bóveda de ocho paños, apoyada exclusivamente sobre los cuatro muros. En uno de sus frentes, se halla rasgada una ventana compartida en tres y cerrada con la única vidriera de colores que se conserva entera de las antiguas, aunque no será anterior al siglo xvi; en el opuesto lado se abre sobre el claustro el espléndido «pórtico de biscoito», compuesto todo con adornos entrelazados de suma riqueza y á cada uno de cuyos lados hay otra ancha ventana de dos luces. El admirable roseton de la clave; los tres altares (posteriores) con hermosos azulejos que forman composicion; tres estatuas del primer período gótico; el retrato de Alfonso Dominguez (el primer arquitecto de Batalha), retrato sobre el cual se ha engendrado una leyenda llena de poesia, y los sarcófagos de madera que cubren los sepulcros de Alfonso V y de otro príncipe, hijo de D. Juan II: tales son los más interesantes pormenores de esta excelente *casa do capitulo*. Notemos, á propósito de esa cabeza esculpida en la consola y tenida por retrato de Alfonso Dominguez, que si, como aseguran algunos criticos, la sala es obra del tiempo de Alfonso V, el retrato no debe ser de aquel maestro, sino de alguno de sus sucesores, autor de la obra.

Deben citarse los claustros del convento. El principal es probablemente de la época del fundador, como se dice; y si el autor del *Manual* de Murray hubiese reparado en su estructura general y señaladamente en las bóvedas que lo cubren, no habria afirmado que «aunque los anticuarios portugueses digan lo contrario, es obra de D. Manuel.» Lo que sí corresponde á la época de este monarca, son la decoracion de las ventanas de ese claustro, los afligranados tímpanos y columnitas de los arcos, cuyo aspecto de adorno de pasamanería da sobrado testimonio del gusto manuelino, aunque faltasen las esferas y cruces de Cristo que lo esmaltan. Pero esta ornamentacion sobrepuesta, cuyos méritos distan, en nuestro sentir, de corresponder á las exageradas alabanzas del mismo crítico que acabamos de citar y que lo reputa nada ménos que «sin rival en Europa», no debe confundirse con el estilo de la construccion, harto más puro, bello y severo. Dejando aparte esta cuestion, el patio es un cuadrado de 55' por lado y en el cual se abren 28 ventanas, de distintas anchuras: en el ángulo N. O. un pabellon saliente, de admirable riqueza, protege una fuente. El claustro de Alfonso V pertenece á muy otro estilo, y aunque harto más modesto (razon por la cual apenas suele mencionarse), es de muy agradable conjunto, con sus columnitas pareadas.

El refectorio tiene poca importancia; y ménos aún la extravagante puerta que en otro tiempo conducía á la biblioteca.

El exterior resulta muy rico, á causa del gran número y decoracion de sus botareles, pináculos, antepechos, ventanas, y demás miembros aparentes. Los pináculos—sobre todo los modernos—son algo pequeños para la enorme masa del edificio; les falta, por decirlo así, importancia proporcionada á esa masa, que ofrece—como hace notar un crítico—«demasiada horizontalidad.» Téngase presente que carece de torres, propiamente dichas, pues no debe considerarse como tal la aguja, de poca altura tambien con relacion al conjunto, destruida por un rayo y reedificada actualmente; está hueca y forma un verdadero mirador, desde el cual puede contemplar el viajero una hermosa vista y darse completa cuenta del monumento y de la distribucion de sus cuerpos principales. Otra hermosa aguja, que coronaba la capilla del fundador, vino abajo en el terremoto del siglo pasado y no ha sido reconstruida. Digna es de mencion especial la bella portada del brazo S. del crucero (*porta Travessa*) de muy puro estilo gótico, aunque casi todos los adornos de las archivoltas son característica é indubitablemente románicos: caso poco frecuente en construcciones ya del siglo xiv. Por último, la fachada principal es un riquí-

(1) O' Shea, *Guide to Spain and Portugal*. — 3.^a ed.; Edimburgo, 1868; pág. 548.

mo trozo flameante, que consta de un portal, cuyas jambas decoran las imágenes de los apóstoles y cuya archivolta de seis órdenes sostiene 78 estatuillas; Cristo y los cuatro evangelistas llenan el tímpano; y en el fronton que deja la vuelta del arco canopial sobre el primer baqueton del ingreso, se ve la Coronacion de la Virgen: todo ello, con sus doseletes y repisas, de excelente carácter aún. El segundo cuerpo de esta fachada es ménos puro, y presenta, en vez de roseton, una gran ventana, adornada con análoga profusion, pero de efecto muy decorativo. Las dos portadas y el exterior de la capilla de D. Juan I son las partes de mayor interés que en su exterior ofrece el edificio. Indiquemos que los sillares de que está construido son mayores que los comunmente empleados entre nosotros.

Por último, el estado de todo el monumento es más satisfactorio que el de Alcobaca, así en cuanto al cuidado de su conservacion, como en cuanto á las restauraciones—en el supuesto de que los monumentos deban restaurarse—que van aquí mejor dirigidas, por lo comun, de lo que lo han sido en el abandonado convento cisterciense. Pocas veces se ve mejor aprovechada una consignacion tan modesta como la que anualmente consagra el Estado á las obras de Batalha: 4 ó 5,000 duros. No puede decirse otro tanto de las restauraciones llevadas á cabo al mediar el siglo y de que da triste ejemplo la de las ventanas, ántes mencionada.

A poca distancia del monasterio se halla el ruinoso y pequeño templo donde el maestro de Avis, la vispera de la batalla, hizo voto de levantar este monumento; en el camino hácia Aljubarrota, la iglesia fortificada de S. Jorge; en el opuesto, yendo á Leiria, la de S. Anton, gótica y con un curiosísimo retablo de imaginería. Aljubarrota misma mereceria algunas palabras; y no digamos Leiria... pero son tantas ya las que componen estos apuntes, que les ponemos aquí fin, so pena de hacerlos interminables y—lo que seria peor—intolerables.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

NOTICIAS VARIAS

LOS TAGALOS.—Los tagalos constituyen la rama más importante de la raza malaya en las Filipinas: habitan casi exclusivamente las provincias ó distritos de Manila, Laguna, Cavite, Batangas, Bulacan, Morong, Infanta, Tayabas, Bataan y la isla del Corregidor, pero tambien hay muchos en la provincia de Zamibales, en las del Príncipe, de Isabela y Nueva Ecija. El punto más septentrional que alcanzan en la costa nordeste es la isla de Paranan.

En la provincia de Camarines del Norte llegan hasta Paracali, lugar muy conocido por sus ricas minas de oro.

Segun el doctor Bastian, los tagalos difieren del tipo malayo más que los visayas: tienen la piel de un color moreno amarillento, algo más clara en Manila que en las provincias á causa de la mezcla con los blancos y los chinos; sus formas son bien proporcionadas; la cabeza redonda, aplanada posteriormente; la nariz algo achatada; la boca grande con labios bastante gruesos; los huesos zigomáticos muy salientes; la frente baja, y los ojos grandes y negros; de este mismo color tienen el cabello, que es muy abundante y grueso. Un carácter les distingue en particular, y es la extraordinaria movilidad de los dedos del pié, del cual se sirven fácilmente como de mano, hasta el punto de recoger del suelo los más diminutos objetos para no bajarse; dicho se está con esto que trepan admirablemente, tan bien como los negritos, siendo de advertir que tienen el pulgar del pié muy separado de los otros dedos.

La finura de su olfato es igualmente extraordinaria: en una reunion numerosa reconocen á las diversas personas por el olor de su pañuelo.

Los tagalos se establecen siempre cerca del agua, rio, riachuelo, mar ó lago, y parece que su nombre quiere decir precisamente *riberños, habitantes del rio*. En la época de su independencia habitaban en caseríos diseminados, pero los españoles les obligaron á vivir en las grandes ciudades ó en pueblos, donde á veces forman barrios enteros.

El armazon de las viviendas de los tagalos se compone de cañas, ó de tablas y vigas si los dueños son ricos; las paredes se forman con grandes hojas, empleándose principalmente las de palmera para los tejados. Algunas de estas viviendas no pesan más de dos quintales, incluso los efectos que contienen, que se reducen por lo general á los utensilios culinarios.

Este pueblo vive de la pesca y de los trabajos del cultivo, y aliméntase principalmente de arroz; sus instrumentos agrícolas, muy toscos, se construyen con bambú, y utilizan el búfalo para arrastrar el arado.

* *

CHINA.—No sin grandes dificultades se conseguirá hacer participar á China de los progresos de la industria, pues los hijos del Celeste Imperio acaban de dar un segundo ejemplo de su ridícula conducta en el asunto que ocasionó la destruccion de la línea férrea de Wousug á Shanghai. Esta vez ha sido la electricidad la que ha pagado el gasto. En Shanghai se habia establecido una compañía para el alumbrado por la luz eléctrica, y segun parece funcionaba muy bien; pero el Taotai ha prohibido á sus súbditos servirse de esta luz, bajo la pena de severos castigos. Al día siguiente de expedir la orden el barrio chino estaba á oscuras, y sólo un teatro indígena habia conservado sus lámparas eléctricas encendidas.... por no saber apagarlas.



MARTE Y VENUS, dibujo por A. Laupheimer

ENFERMEDAD DEL CAFÉ.—Segun dice la *Gaceta de Bombay*, el café sufrirá muy pronto la misma suerte de las patatas y de la uva, desapareciendo en algunos países gradualmente como la vid. En una hoja de la planta aparece primero una diminuta seta, que no tarda en invadir las todas, ocasionando así la muerte del árbol. Esto es lo que ha sucedido en varios países de los alrededores de Ceilan, habiéndose propagado la enfermedad hasta Java, donde ha producido grandes estragos. El gobierno ha intervenido al fin, comprando todos los cafetales atacados de la enfermedad en las islas Fiji para quemarlos inmediatamente, á fin de preservar lo que aún está sano.

VELOCÍPEDO ACUÁTICO.—Se ha dado el nombre de *biciclo marino*, en nuestra opinion impropia, al aparato que representa nuestro grabado, y que figuró en la última exposicion organizada en Boston por el «Instituto manufacturero y mecánico de Nueva Inglaterra», habiéndole presentado la «Compañía del Biciclo marino de Portsmouth.» Este pequeño vehículo ó velocipèdo acuático carece de ruedas y no es propio para las excursiones marítimas.

Se compone de un pequeño esquife de doble casco en el cual se manobra por un hélice al que comunican movimiento unos pedales, exactamente lo mismo que en un velocipèdo ordinario. Cada casco, sumamente esbelto, mide 20 pies (6 metros) de longitud, 7 pulgadas (18 centímetros) de ancho y 8 pulgadas (20 centímetros) de altura; la desviacion de eje á eje es de 3 pies (91 centímetros).

La manera de graduar la trasmision de movimiento al hélice, y el manejo del timon son muy sencillos, no pareciendo dudoso que en superficies líquidas muy

serenas y con pedales convenientemente apropiados el ligero esquife avanzará con suficiente rapidez, atendido su poco peso. En tal caso, el singular velocipèdo será susceptible de proporcionar agradable recreo á los aficionados.

*
*
*

PROGRESO DE LA INSTRUCCION FEMENIL.—Segun el periódico las *Noticias*, del recuento practicado últimamente en San Petersburgo resulta un gran aumento en el número de mujeres que viven del producto de su trabajo intelectual, así como en el de jóvenes educadas en las escuelas particulares y públicas. En los establecimientos del comercio y de la industria es donde mas acrece la cifra de mujeres empleadas.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

LOS ALEMANES EN EL MEDITERRÁNEO.—Para ilustrar el asunto de que han hablado últimamente los periódicos respecto á la cesion ó venta de la isla de Cabrera á

una nacion extranjera, creemos oportuno reproducir las siguientes noticias, que tomamos del periódico francés *El Eco del Havre*.

«Los vapores que hacen el servicio de Argel á Marsella, y por causa del mal tiempo deben detenerse á veces en Palma (Balears), costean á su izquierda una isla de reducida extension, cuyos altos promontorios avanzan por el mar en forma de herradura.

Esta isla, llamada de Cabrera, y cuya extension apenas pasa de 3,000 hectáreas, es conocida en particular por sus cabras salvajes y sus innumerables bandadas de perdices rojas.

Las tartanas maltesas llegan á menudo, de contrabando, para cargarse de caza, abandonan la isla al ponerse el sol, y al dia siguiente, al rayar la aurora, hallanse á la vista de Argel.

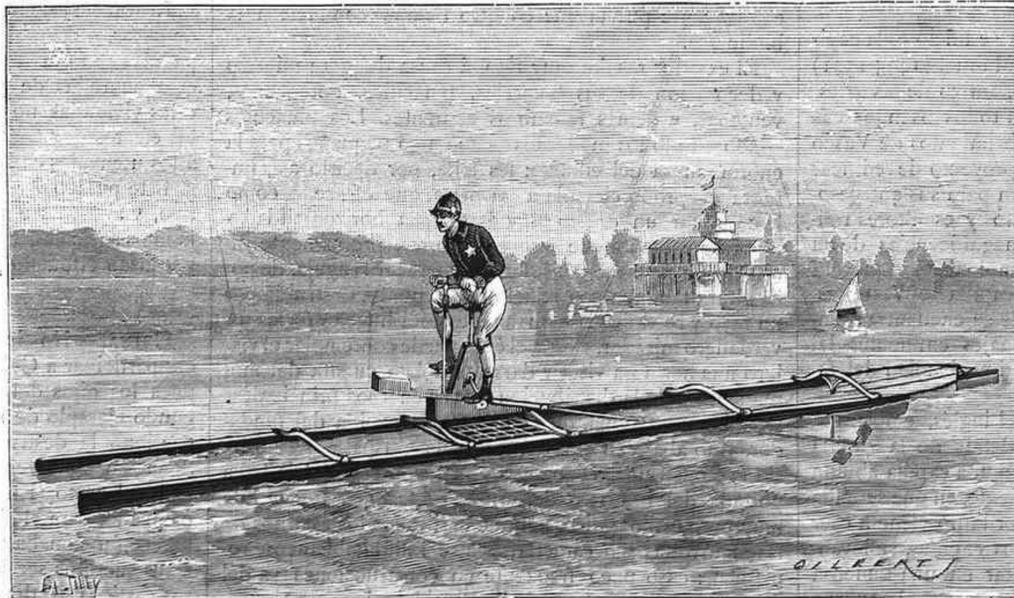
Cabrera tiene un puerto natural que, bien acondicionado, podria contener una pequeña escuadra. Los valles se distinguen por su notable fertilidad, y el clima es el mismo de Africa, con esa salubridad peculiar de las Balears.

La isla pertenece á una familia de Mallorca. Un ingeniero alemán que recorria las costas del Mediterráneo, llegó un dia á proponer á esa familia la venta de su isla desierta al gobierno de Prusia, ofreciendo dos millones quinientas mil pesetas.

Las negociaciones, activamente proseguidas, segun parece con el consentimiento del gran canceller, no han tenido todavia un resultado positivo, ó por lo menos público.

Si los propietarios venden su tierra y España cierra los ojos sobre la cuestion de *dominium*, en la isla de Cabrera ondeará el águila de Prusia tan libremente como el pabellon de otra potencia en el peñon de Gibraltar.

El objeto de la Alemania del Norte sería fundar en Cabrera una especie de colonia escuela, cuyos alumnos se diseminarian despues en los puntos mas codiciados por la madre patria.»



Un biciclo marino

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON